

EL FACTOR TEOLÓGICO EN LOS ESTUDIOS ESTRATÉGICOS

Rafael José R. DE ESPONA
Cónsul honorario de la República de Lituania

Introducción



A creciente importancia académica y práctica que han tomado los denominados estudios estratégicos en las últimas décadas motiva la necesidad constante de perfeccionar los parámetros en la sistemática del análisis, si cabe incluso construyendo una específica dogmática de escuela científica (1). En este trabajo se pretende apuntar ciertos caracteres del factor analítico teológico, en cuanto que integrante del conjunto de los elementos que se estudian en el análisis estratégico; ciertamente, el factor teológico se encuentra plenamente presente en la disciplina, aunque tal vez cabe introducir algunas consideraciones para obtener toda la riqueza e interrelaciones que dicho elemento posee, generando variables de particular y desigual comportamiento. Que el factor teológico se contempla en los estudios estratégicos —con especial consideración metodológica por la sociología de las religiones— es evidente, lo difícil es saber asignarle su valor exacto en sentido cuantitativo y cualitativo.

En una primera aproximación resulta diáfano que la religión de cada pueblo (2) condiciona su idiosincrasia, sociedad, política y cultura. El arraigo de la religión configura los rasgos sociológicos de una civilización particularizada, e influye en la orientación de los vectores que conforman su posicionamiento y tendencias de acción en el tiempo y el espacio. Existe una combinación de componentes volátiles y permanentes en la estructuración de las confesiones religiosas que perfila la característica de «mutabilidad y fragmentación» en el factor religioso, de la cual existen innumerables ejemplos en la Historia: la división sunita y chiíta en el Islam, el proceso revolucionario de la Reforma, desde el luteranismo, calvinismo y anglicanismo hasta los evangélicos, reformados, baptistas, anabaptistas, metodistas y sus numerosas subdivisiones; en Oriente, el budismo, sintoísmo, hinduismo y zoroastrismo, entre otros. Pero ello no debe llevar a engaño: existe una alta capacidad de cohesión dentro de la rivalidad interna de cada confesión, reaccionando frente al enemi-

go común infiel, como la alianza histórica entre protestantes y católicos frente al turco (con la paradójica ausencia de la católica Francia) en el siglo XVI. A su vez, las desafecciones religiosas, consideradas alta traición de lesa divinidad, con frecuencia no poseen tratamiento análogo a la traición política: los reyes cristianos medievales castigaban con relativa moderación las deslealtades de sus vasallos señores feudales, mientras que la cristiandad del Medioevo era implacable ante las herejías (como fue el caso de la albigense); sin embargo, ante un cisma —no herejía— como el de Bizancio, el empleo de la fuerza revestía una legitimación diferente. En el campo teológico, los matices son muy importantes, y para poder apreciarlos es imprescindible un alto grado de conocimiento de la confesión que se pretende analizar. Así, desde el punto de vista religioso, una afrenta puede resultar fácilmente perdonable, o por el contrario irreparable, según el procedimiento seguido para materializarla y su alcance simbólico, como por ejemplo algo aparentemente baladí como causar muerte a un sujeto mediante un tipo de arma, la posición del cuerpo en una ejecución, el lugar, día o la hora de un combate, o el atuendo del combatiente en acción bélica. La inacción de una población podría transformarse rápidamente en clamorosa resistencia si un ataque se efectuase de tal modo que tuviese reminiscencias o posible identificación con un episodio legendario o apocalíptico contemplado en la tradición religiosa del lugar. De igual modo, la amenaza de holocausto nuclear puede no operar como disuasión ante un cuadro de fanatismo religioso preapocalíptico.

El materialismo analítico es falaz. Pretender la exclusividad de los medios de producción como rectores de la Historia, obviando las ideas y credos —a lo sumo calificados como pretextos (el «opio de los pueblos») o consignas propagandísticas—, es una simplificación sesgada, aunque sí es necesario dilucidar cuándo aquéllas son propaganda encubierta de idealismo o realmente consisten en principios religiosos que tratan de aportar su visión y respuesta acerca de una dimensión sobrenatural, y en consecuencia dirigen los procesos sociopolíticos de las naciones que las profesan (3); aunque lo que muchas veces nace desde un órgano propagandístico como instrumento de acción psicológica puede transformarse en credo de la población, de ahí los debates historiográficos sobre reliquias y apariciones. El factor teológico ha de pormenorizarse para saber hasta qué punto es influyente, y cómo debe ser ponderado, a la hora de integrarlo en el análisis estratégico.

Desde el plano psicológico, se cuenta como importante elemento de motivación en el comportamiento humano el sentido que el individuo da a la vida y a la muerte, y una respuesta a dicho planteamiento tiende a ser religiosa; asimismo, para el sujeto, los actos individuales encuentran su máxima justificación en la subordinación a la voluntad de la divinidad. Por tanto, las creencias religiosas explican en gran medida la estructura de las tendencias, temores e inseguridades humanas, y por su alto poder de convicción pueden ser utilizadas como mecanismo de acción psicológica colectiva (4).

En términos generales parece percibirse, en el estilo desarrollado en los estudios estratégicos, una distorsión de enfoque sobre las cuestiones teológicas: en muchas ocasiones no se logra el análisis objetivo, sino que se tiende a la parcialidad o a la reducción simplista (identificando los elementos útiles de la religión con la cultura, el folclore, o costumbrismo) porque existe un amplio desconocimiento del tema. También se emplean repetidamente dogmas científicos falsos, como aquel que afirma que pobreza y radicalismo van unidos (ejemplo claro son las provincias extremeñas y vascongadas de España y su relación con el terrorismo).

El factor teológico opera como un vector capaz de influir de modo imprevisible en el teatro de operaciones: la capacidad de sacrificio por un credo y el apego a valores religiosos no pueden compararse a las lealtades políticas o personales. Así se explica el fallo de las estrategias de acción psicológica en la población: la natural tendencia biológica al bienestar choca con la variable inestable del sacrificio personal de índole religioso. Mantener las creencias en el ámbito del fuero interno se propugna en la sociedad moderna como máxima de tolerancia y convivencia, pero aun cumpliéndose no puede evitarse la orientación interna de los comportamientos individuales externos, pues por mucho que un sujeto encierre sus creencias privadamente, su cosmovisión de naturaleza religiosa regirá sus actos. Las tácticas de alianza y disensión no son aplicables bajo los parámetros usuales en las cuestiones religiosas, por la consabida inestabilidad del factor teológico: la división en las confesiones o la persecución de un credo no actúan como en otros ámbitos o instituciones, puesto que lo que debilita a una empresa o a un gobierno —por ejemplo, la adversidad económica o la muerte de un líder— es perfectamente capaz de fortalecer a una confesión. En consecuencia, prolijos y detallados estudios de prospectiva analítica, confeccionados siguiendo complejos métodos matemáticos y estadísticos, pueden no llegar a conclusiones certeras por fallos iniciales de naturaleza conceptual (5). Es ahí donde el programa informático no puede llegar, puesto que el *input* trae un sesgo de origen. El factor teológico es difícil de concretar en binomios estables de premisas asociadas a consecuencias, puesto que en cada confesión la asociabilidad de hechos difiere, al existir numerosas variables y amplia gama de matices doctrinales (6).

La actualidad de la cuestión es indubitable, ya que las áreas candentes del panorama estratégico global están vinculadas a cuestiones religiosas. Pero es que además el proceso de globalización conlleva un incremento de la trascendencia del factor teológico, puesto que la necesidad de estabilidad, debida a la interrelación geoestratégica y al contacto estrecho entre civilizaciones, aumenta los puntos de conflicto. Las áreas geoestratégicas más sensibles en el siglo XXI están impregnadas de doctrinas ajenas a Occidente: islam, hinduismo, budismo y otras religiones orientales; el pensamiento simbólico presente en todas ellas las hace menos aprensibles desde los parámetros conceptuales occidentales, que conforman las premisas del análisis estratégico. Por poner

un ejemplo de todos conocido, el panorama geoestratégico focalizado en el Oriente Medio; en este teatro puede apreciarse una evidente influencia del factor teológico desde múltiples ángulos: los intentos de constitución del Estado de Israel en Palestina, por ejemplo, fueron desarrollados frente a la alternativa de haberlo fundado en el sur de Argentina, donde hubiera resultado menos conflictivo; razones religiosas del judaísmo impulsaron la alternativa por la denominada «tierra prometida». No obstante, se mantiene el significado sacrosanto de Jerusalem para tres religiones. A su vez, el Reino de Arabia se erige como custodio de los lugares sagrados del Islam, con su propia facción religiosa wahabita. La guerra santa islámica —*yihad*— opera desde una motivación netamente religiosa, que conduce hasta extremos incomprensibles por Occidente (7). Las disensiones internas en el bloque de Estados de religión mahometana, o las posible divisiones entre los israelitas, se explican en gran parte por el factor teológico (facciones sunita, chiíta, wahabita, o partidos Al Fatah y Hamas), aunque el factor teológico opera como nexo contra el enemigo común. La distinción judaica entre los conceptos *eloim*, *rodef* y *mosher* subyace en el atentado contra Isaac Rabin; paralelamente, el mismo carácter de venganza ante la traición religiosa se dio en los atentados contra El-Sadat y el rey Hussein. La capacidad de rápida extensión de dicho conflicto se da precisamente por el factor teológico, pasando a adquirir concomitancias de alcance global (8).

Delimitación del concepto en cuanto a sus aplicaciones estratégicas

Tal como se ha apuntado anteriormente, surge *a priori* una dificultad al respecto de la concreción del concepto religioso desde la perspectiva de los estudios estratégicos. Bajo dicho punto de vista, no se trata en modo alguno de expresar una definición dogmática ni doctrinal, sino de fijar ciertos pilares que comprenden la construcción del concepto «religión» susceptible de operar como factor teológico en los análisis estratégicos. En consecuencia, cabe dilucidar los siguientes requisitos que delimitan a una confesión:

- Doctrina: sistema de creencias de alcance especulativo sobrenatural (derivan normas y ritos).
- Sociedad: configuración de la idiosincrasia socializada del conjunto de los fieles.
- Institucionalización: estructuración de la clase sacerdotal, líderes o jueces religiosos.

En general no se dan los elementos mencionados con el mismo grado de complejidad o desarrollo en todas las confesiones, y por lo general existen grandes diferencias incluso dentro de una misma. Según la antigüedad, exten-

sión y número de fieles de cada religión, podremos hablar de microsociedades (como el estado Utah y la religión mormona) o civilizaciones (como la civilización cristiana medieval). Estos elementos son escogidos en cuanto poseen operatividad estratégica: pueden conformar fuerzas sociales particularizadas y con un código de conducta diferenciado, organizadas y con alta capacidad de liderazgo; al dotarse de alcance teológico, el nivel de la conciencia de diferenciación, la vocación de dominio fundamentado en la legitimidad que confiere la superioridad y la suprema justificación en la voluntad divina, están dotadas de una potencia exacerbada por la trascendencia religiosa. Es entonces cuando su acción en el campo estratégico irrumpe con particular fuerza, y por ello es susceptible de ser denominado como el «quinto poder».

Cuando se hace referencia a una religión, no se equipara a un sistema de ideas políticas o filosóficas, aunque de aquéllas deriven éstas; el hombre se sabe dueño de la idea y puede modificarla, pero no puede poseer la divinidad en cuanto que no puede alcanzarla. Aunque pueda articularse una definición estándar de la religión manejable para el análisis estratégico y utilizable para aprehender todos los fenómenos confesionales, desde una perspectiva de relatividad es imposible distinguir una religión de una secta, o una religión verdadera sobre las demás falsas: existe una necesidad de absolutez y toma de una posición de referencia para distinguir entre religión verdadera y secta o religión falsa (9). Si se considera secta una escisión de una religión, es imposible fijar el motivo por el cual de secta se erige en religión propia. Las dificultades definitorias según los parámetros descritos se aprecian especialmente en algunos casos, como en los llamados «nuevos movimientos religiosos», o sectas en el lenguaje corriente, que son indefinibles adogmáticamente, dándose una situación de una indefinición apartidista del concepto, aunque coloquialmente se denomine secta a lo que posee elementos extravagantes, prácticas ilegales, están fuertemente jerarquizadas o realizan prácticas paramilitares (10).

En el análisis estratégico también pueden encajar como factor teológico, o al menos operar bajo parámetros similares, determinadas doctrinas políticas o escuelas filosóficas susceptibles de actuar como sistemas cuasirreligiosos, por cuanto poseen una cosmovisión, escatología, vocación de absolutez, e incluso mesianismo (tal es el caso del nazismo y su vinculación con deidades paganas, o el comunismo sin iconografía religiosa). También pueden percibirse ciertas esencias religiosas secularizadas en movimientos no religiosos, o sucedáneos pseudoreligiosos o que funcionan como sustitutivos de la religión en sociedades necesitadas de valores supremos a los que adherirse tras fracasos ideológicos (11).

Doctrinalmente, cada religión articula el recurso al empleo de la fuerza de modo diferente. Para unas, la guerra es medio y fin, puesto que el ideal de la superioridad religiosa se circunscribe a la destrucción de las doctrinas falsas. Otras buscan el abandono de las demás religiones, consideradas erróneas, por medio de la conversión y a través del proselitismo. En la doctrina católica,

para la utilización de la fuerza en defensa de la fe —tanto privada como en guerra— debe haber legitimidad y proporcionalidad como medio de defensa o bien de ataque preventivo o de respuesta (12).

Raíces teológicas ocultas de procesos sociopolíticos

Aunque existen evidentes casos donde afloran a la luz las raíces teológicas de conflictos de alcance estratégico, en general pasa bastante desapercibida la motivación teológica subyacente a procesos sociales o políticos; en cuanto que éstos inciden en el panorama estratégico global, el factor teológico está operando directamente en él. La forma en la cual influye dicho factor teológico puede ser individual o colectiva. Colectivamente, a nivel estatal, como es el caso de los países confesionales (como el Vaticano) o teocráticos (el Reino de Arabia), o en sociedades impregnadas de valores religiosos arraigados propios de su tradición (como es la monogamia en el Occidente, la poligamia islámica, o la más minoritaria poliginia en lugares de Asia); de modo individual, la adscripción ideológica personal de sujetos al menos ocasionalmente influyentes, ubicados en las elites sociales o no, explicará las motivaciones de sus actos y delimitará el campo de acciones u omisiones que entran en su espectro de actuación. Como raíces teológicas ocultas presentes en procesos colectivos, algunos críticos de los modernos *neocons* norteamericanos, al explicar las razones de la intervención de Estados Unidos en Irak, señalan la alianza teológica entre el fundamentalismo judío y el protestantismo norteamericano. El llamado angloisraelismo podría ser uno de los elementos de conexión teológica que contribuiría a tal alianza, además de la mera cooperación geoestratégica en Oriente (13). Igualmente, sobre la alianza táctica de las falanges cristianas y los israelitas en el Líbano, se ha apuntado el trasfondo del elemento teológico. Por otra parte, en la propagación del comunismo por Hispanoamérica, la denominada «Teología de la Liberación» (difundida por las comunidades eclesiales de base) fue un elemento clave; la combinación del factor teológico con la filosofía marxista, aunque al fin evidente, fue solapada inicialmente. Además del uso del catolicismo por los movimientos revolucionarios sudamericanos, la neopagana religión telúrica Gaia y el indigenismo religioso son fuerzas subterráneas del MST, al igual que las religiones precolombinas y el neotribalismo anarcoprimitivista nutren en dicho continente parte del Movimiento Anti-Globalización. Frecuentemente son de gran utilidad los grupúsculos religiosos o sectas de carácter jerárquico, aislacionistas o violentos, para formar infiltrados en instituciones y organizaciones o para acciones terroristas. La indetectabilidad del móvil de actos delictivos —incomprensible por la impermeabilidad de muchas de las doctrinas sectarias— se refuerza con lealtades y pactos de silencio que vinculan a los miembros de las sectas. Las técnicas psicológicas de reforzamiento de actitud se

basan en la combinación de dos vectores-fuerza en la psique del adepto: el exacerbado afán de superioridad personal y la superación del miedo a la muerte.

Una prospectiva teológico-estratégica: la religión en el siglo XXI

Sobre las tendencias religiosas del siglo XXI, puede afirmarse que la polarización también alcanzará al campo teológico. Si bien la potencia militar y económica hegemónica —Estados Unidos— posee en su territorio una gran cantidad de grupos religiosos, aunque su elite y conciencia nacional es de corte protestante, los actuales autores y tratadistas norteamericanos de análisis de política exterior norteamericana y orden mundial son proclives a una convivencia religiosa de interrelación (14). El proceso de Globalización y el «choque de civilizaciones» tienden a la amalgama de las religiones y, así, los elementos de concordancia que son comunes a todas ellas, la suprema referencia a los derechos humanos y el respeto al hecho religioso, regirán el nuevo orden global. Conforme a las modernas tendencias filosóficas, puesto que al fin y al cabo las respuestas a los grandes interrogantes existenciales bajo la premisa de la permanencia de una divinidad son tarea de las religiones, según los mencionados autores es posible un consenso teológico que armonice todas las lecturas proporcionadas. En consecuencia, el sincretismo religioso evita el choque de civilizaciones desde la perspectiva de Huntington. Algunas prevalecerán por cuanto sirven de modelo ecléctico (especialmente el budismo), mientras que otras serán más resistentes en relación directa a su incapacidad de amoldarse a la «religión de las religiones». Inevitablemente se producirá una tensión permanente entre aproximación (como en su día se dio entre *ostpolitik* y ecumenismo) y exclusividad religiosa. Sin embargo, la resistencia a la integración en un credo de reunión confesional es mayor, revistiendo posibles rasgos de peligrosidad, cuanto mayor es el acoso a la exclusividad. El acorralamiento favorece en muchas ocasiones el rebrote virulento de la reivindicación doctrinal en estado puro. Los procesos de mutación naturales generan inestabilidad al ser inducidos, máxime si se emplean presiones (y generan reacción violenta, como el radicalismo islámico en Jordania, Turquía, Argelia o Marruecos). La paz es por todos considerada como elemento común de consenso; la guerra religiosa es intrínsecamente conflictiva, pero si la paz es «la tranquilidad dentro del orden» (Santo Tomás) habrá que analizar cómo cada cual entiende cuál es el orden correcto. En términos extremos, la alternativa globalizadora religiosa es diáfana: o se llega a una amalgama interreligiosa general (lo cual es difícil por la inestabilidad y la tendencia a la fragmentación) o se produce el predominio absoluto de una religión vía confrontación.

Conclusión

Es necesario renovar la aplicación, con propiedad y precisión, del factor teológico a los estudios y análisis estratégicos. No se pretende con ello la proposición concreta de un modo de actuación, sino tan sólo considerar dicho factor como variable a incluir, con el peso y cualidad que le corresponde, en el análisis. Es un factor a tener en cuenta bajo sus particularidades de comportamiento, y se resalta su importancia fundamental para los estudios estratégicos. El uso de la fuerza y la resistencia a ésta están influidos en buena parte por el elemento teológico; migraciones, integración social, sistema educativo, creación de opinión desde los medios de comunicación, etc., se asocian a la inestabilidad en gran parte por las diferencias religiosas.

La revolucionaria tendencia filosófica hacia la religión sincrética del siglo XXI necesita conocer bien todas las religiones para construir una amalgama viable y asegurar su estabilidad y permanencia, puesto que el eclecticismo puede descomponerse en facciones, según la particularización especial de algún elemento doctrinal, por la acción carismática de líderes, o por la interpretación dispar de acontecimientos. En consecuencia, si existe una autoridad mundial, habrá un organismo interpretativo teológico regido bajo el consenso, en aras de la estabilidad religiosa. Teóricamente caben tres posibilidades: triunfo del sincretismo, prevalencia hegemónica de un credo y permanente coexistencia conflictiva en diversos grados entre varios credos en un inestable equilibrio con constante reasignación de fuerzas.

Integrando el factor teológico en el análisis particularizado, para lo cual resulta imprescindible la completa comprensión de las confesiones utilizando la terminología propia de la disciplina, se reforzará la capacidad analítica desarrollada en los estudios estratégicos, y la acción de comprensión, influencia y prospección sobre el campo teológico será en mayor medida efectiva. En palabras de Joseph S. Nye Jr., en la sociedad de la abundancia de información, la «atención se erige en valor de referencia».

(1) Como es sabido, el término «estudios estratégicos» es utilizado profusamente en la actualidad, y es referencia de diversas instituciones especializadas en análisis políticos a escala global. Se ha señalado el período de los años 50 como la época de la aparición de los estudios estratégicos como disciplina individualizada dentro del campo general de las relaciones internacionales, vinculándose su aparición al nuevo escenario estratégico mundial provocado por el despliegue de armas nucleares. Sobre la exacta definición del término, se ha destacado la dificultad de acotarlo al carecer de límites precisos, y para ello se identifica en principio como peculiaridad propia el hecho de que su objeto de estudio es la estrategia militar; como la mayor parte del poder militar pertenece a los Estados, los estudios estratégicos tratan esencialmente del uso de la fuerza en y entre los estados. Sin embargo, esta simplificación no es viable, puesto que la tecnología y las telecomunicaciones han cambiado el panorama militar clásico, las interrelaciones entre lo civil y lo militar, y entre lo nacional y lo internacional, complican la defini-

ción del análisis estratégico, que se configura como escuela académica en la época de la globalización mientras se diluyen las soberanías y los entes económicos privados transnacionales rivalizan y hasta superan el poder de muchos Estados. Si bien los temas de los estudios estratégicos varían constantemente con los avances técnicos y nuevos conflictos, los conceptos poseen cierto grado de permanencia. Entre las relaciones internacionales y los estudios estratégicos no debe efectuarse una separación radical, al existir una relación de interdependencia basada en la división de tareas (Buzan, B. *Introducción a los Estudios Estratégicos, tecnología militar y relaciones internacionales*, pp. 12-26, Madrid 1991). William S. Lind afirma la creciente ausencia de distinción entre el mundo civil y el militar (Lind, W. S. *El cambio del rostro de la Guerra: entrando en la cuarta generación*, Marine Corps Gazette, USA, 1989). En España, los estudios estratégicos se desarrollan principalmente en la última década (actualmente se cuentan 29 centros españoles especializados, tanto públicos como privados, civiles y militares), siguiendo la doctrina académica de Estados Unidos y el Reino Unido.

(2) En el año 2000, se establecía el siguiente *ranking* mundial por creyentes: mahometanos: 1.150.000.000, católicos romanos: 1.050.000.000, protestantes: 500.000.000, ortodoxos: 170.000.000, religiones hindúes: 820.000.000, religiones orientales: 350.000.000, judíos: 20.000.000. (Brunori, P. *La Iglesia Católica: fundamentos, personas, instituciones*, p. 21, Madrid 2000).

(3) Es representativa la disensión historiográfica entre especialistas en las cruzadas de Tierra Santa, como René Grousset y Hans E. Mayer. Si para el primero, aquéllas fueron una gesta esencialmente movida por la piedad, el profesor Mayer aporta en su análisis lo que considera pruebas de la instrumentación del factor religioso para impulsar una empresa de intereses temporales político-económicos. (Grousset, R. *La Epopeya de las Cruzadas*, Madrid 2002; Mayer, H. E. *Historia de las Cruzadas*, Madrid 2001).

(4) Sobre las técnicas para la acción psicológica en la población, el coronel Gosálbez ha destacado cómo en el reforzamiento de actitudes, en la sensibilización de la población, cabe el «proporcionar seguridad en relación con [ciertas] convicciones, garantizando su eficacia y convenciendo de su verdad y razón». (Gosálbez Celdrán, A. *Estrategias para la Acción Psicológica*, p. 92, Madrid 1987). En tiempo de guerra, esta acción trasciende al ámbito bélico, por lo que «en el propio teatro de operaciones el adversario, los beligerantes o los actores de la violencia pretenden obtener una legitimidad, es decir, actuar en nombre de un pueblo, de una comunidad, de una minoría religiosa, étnica u otra. El sentido que cada uno de los protagonistas da a su guerra crea una verdadera “guerra del sentido” y en consecuencia existe una confrontación de legitimidades que encuadra y justifica la de las armas». (Francart, L. *Las acciones en los campos psicológicos*, Revista *Défense Nationale*, febrero 2000).

(5) En cuanto al problema cualitativo en la prospectiva, «cuando entramos en el campo de las ciencias sociales, la predicción se complica de tal modo que cualquier metodología determinista es inviable. Antes del uso de la prospectiva, se utilizaban fundamentalmente estudios estadísticos de tendencias, con el peligro que supone cualquier extrapolación. La principal dificultad de estos métodos es el hecho contrastado de que el futuro no sólo es evolución, es también mutación y no hay una teoría satisfactoria para el estudio de las mutaciones». (Vinuesa Guerrero, B. *La prospectiva, una herramienta usada por el Mando de Adiestramiento y Doctrina para vislumbrar el futuro del Ejército*, Revista *Arbor*, p. 478, marzo 2000). En el análisis prospectivo «ver con amplitud supone para el analista de inteligencia una cuidadosa consideración de todos los factores relevantes, de todos los componentes en el ambiente multidisciplinar en el que se desenvuelve su actividad (...). Analizar profundamente le supone, aparte del rigor científico de sus juicios, incorporar a su metodología unas técnicas auxiliares adecuadas» (Arregui Asta, A. *Inteligencia y planificación en el Ejército. Una aproximación prospectiva*, Revista *Arbor*, p. 460, marzo 2000).

(6) Como ejemplo se cita un estudio demográfico sobre natalidad en Jordania. En el cuadro estadístico elaborado sobre las razones esgrimidas por las encuestadas para no utilizar métodos de control natal, se cuentan el epígrafe «oposición al uso», y dentro de éste, el subepí-

TEMAS GENERALES

grafe «prohibición religiosa» y, por otro lado, se refiere el apartado (en el epígrafe «Otras razones») «los niños son voluntad de Dios»; evidentemente ambas argumentaciones son motivos religiosos, no obstante lo cual los técnicos estadísticos separan los resultados para incluirlos en dos apartados diferentes, lo que supone un desacierto conceptual. Pero es que además no se explicita —probablemente por sobreentenderse— en qué sentido el Islam prescribe la prohibición o interpreta la voluntad divina. (Department of Statistics - H. Kingdom of Jordan, Jordan Annual Fertility Survey 2.000, pp. 32-33). Si en base a las estadísticas y datos recogidos durante años (donde los factores religiosos u otros de influencia religiosa no están adaptados a las particularidades musulmanas) aplicamos sistemas prospectivos —como los métodos de Escenarios, Delphi, Impactos Cruzados y Planteamiento Basado en Supuestos—, no es fiable el resultado prospectivo alcanzado, al menos en la medida en que la variable teológica es inexacta.

(7) En la figura del *shahid*, el factor teológico opera tanto en la vertiente netamente religiosa —caso del teocrático Hamas— como en la sociopolítica —caso de la laicista Brigada de los Mártires de Al-Aqsa—; los voluntarios no son necesariamente marginales, pobres o inculcos, sino que frecuentemente dejan un futuro prometedor para ofrecerse como *shahid*; tal palabra no es unívoca de mártir ni de cruzado, de origen cristiano, y aunque en efecto se relacionan tres elementos —sacrificio religioso, ofrecimiento de la propia vida y defensa de la fe— existen diferencias importantes debidas a la doctrina religiosa sobre la guerra, la defensa de la fe y el respeto a la vida. El mártir pierde la vida pasivamente en nombre de la fe por causa de quienes la atacan; el cruzado lucha activamente en defensa de la fe exponiendo su vida al peligro, pero no matándose; el *shahid* es diferente, aunque posee una conducta activa similar al cruzado y un sacrificio personal, como el mártir. Sobre el perfil psicológico de los *shuhada*, se afirma que «de las descripciones de la prensa y las declaraciones de quienes los conocen, no se trata de lo que los psicólogos definirían como de tipo suicida: no son depresivos, impulsivos, solitarios o desesperados, con historias de dificultades personales. Ni parecen empujados por la frustración económica» (Margalit, A. *Los Terroristas Suicidas*, Revista *Política Exterior*, n.º 92, p. 95, abril 2003).

(8) La rapidez de la extensión de los conflictos por vía religiosa es notoria. La cuestión israelita de Oriente Medio se ha propagado por todo el mundo, de forma que el sionismo se identifica por sus antagonistas como un judaísmo imperialista laico. Desde la óptica judía, ello se relaciona con las raíces de la Shoa «Le discours antisioniste, lancé en pâture à l'opinion, a créé le chânon manquant entre l'anti-israélisme de circonstance et l'antisémitisme refoulé. La culpabilité d'Israël, justifiée par son essence sioniste, procure à l'antisémitisme un semblant de légitimité en l'abritant sous des considérations de politique internationale; par ailleurs, l'antisionisme ajoute un ressort à l'hostilité antijuive traditionnelle en lui gagnant des adeptes dont la motivation première était liée, consciemment pour le moins, au conflit israélo-arabe» (Poliaikov, L. *Histoire de l'Antisémitisme*, París 1991). Sobre la fuerza internacional del Islam, «especialmente desde el triunfo de la revolución jomeinista en Irán sobre la dictadura prooccidentalista del sha, ha retomado la obsesión sobre el resurgimiento islámico; adobada también, como es habitual, por todos los estereotipos acuñados por la ignorancia» (Mesa Garrido, R. en *El Islam: Presente y Futuro*, p. 92, CESEDEN, Madrid 1999).

(9) Hace unos años, en su refutación —en artículo periodístico de opinión— a la Declaración *Dominus Iesu* de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, A. Garrigues Walker niega la legitimidad de una confesión (en este caso la católica) para autoerigirse en única religión verdadera. En base a dicho aserto, todas las religiones son verdaderas y ninguna puede negar a las demás, aunque éste sea el camino siempre utilizado para autojustificar la doctrina propia.

(10) Definir sociológicamente el término «secta» utilizando sus caracteres externos es difícil, y su conceptualización ambigua y limitada: separación de la sociedad, creencia en el inminente fin del mundo, disposición a la entrega de la vida por la causa, culto al líder, reglamento estricto, liturgia extravagante, austeridad, proselitismo, etc.; son características que, mientras sean lícitas y voluntarias, sin coacción ni explotación del adepto, legalmente entran en la esfera de la

libertad individual desarrollada de modo asociativo para dar cauce a las creencias. Además, muchos de estos caracteres se dan en organizaciones o agrupaciones no religiosas, como los ejércitos, escuelas filosóficas e incluso algunas empresas. Si en el seno del grupo religioso se realizan prácticas delictivas, parece no haber duda sobre la negatividad de aquél, pero en el caso de no producirse, la mayor o menor singularidad del régimen de vida interno basado en la propia doctrina pertenece al ámbito de la libertad de creencias y forma personal de vivir el fenómeno religioso. Ciertas agrupaciones anti-secta, como el *Anticult Movement*, insisten en el comportamiento y no en la doctrina para catalogar a las sectas (Guerra Gómez, M. *Diccionario Enciclopédico de las Sectas*, p. 63, Madrid 1999). Desde la aconfesionalidad legal, el principio «la ley no conoce herejía» le impide apoyar un dogma (Burkholder. «*The Law Knows no Heresy*»: *Marginal Religious Movements and the Courts*, p. 30, proceso de la Corte Suprema de Estados Unidos en el caso *Watson vs. Jones*, 1872).

(11) Estudiando la política de cambios sociales en la China posmaoísta, Sean Golden afirma que «El fracaso del modelo soviético y de la ideología maoísta, así como sus recelos hacia la ideología “occidental”, han obligado al Partido [comunista chino] a buscar en la rehabilitación de Confucio y de los valores tradicionales confucianos una alternativa al consumismo que ocupa el vacío “espiritual” dejado por el maoísmo». (Golden, S. en *El nuevo orden internacional en Asia-Pacífico*, p. 176, Madrid 2002).

(12) Tanto en el caso de las cruzadas a Tierra Santa o la Reconquista española, el concepto doctrinal católico es el uso de la fuerza con el fin de liberar un territorio para ponerlo bajo el *imperium* de la Cristiandad o neutralizar la fuerza anticatólica, pero no matar directamente al infiel por el hecho de serlo. Los delitos de «lesa divinidad» que conocía el Santo Oficio —con jurisdicción sobre los fieles— sí eran castigados con la pena de muerte, bajo el principio de justicia vindicativa.

(13) Por «angloisraelismo» se conoce una doctrina emanada de un movimiento que cree que los anglosjones descienden biológicamente de los israelitas, a través de quienes fueron deportados por los asirios al Norte de Europa en el siglo VIII a. C., posteriormente asentados en Gran Bretaña y Estados Unidos; «de este movimiento se nutre el Ku-Klux-Klan (...) y de su seno han nacido algunas sectas en USA». (Guerra Gómez, M., *op. cit.* p. 62).

(14) Joseph S. Nye Jr. defiende la importancia del «poder blando» americano y la imposición del american *way of life* y sus valores «espirituales» como modelo sociocultural, en cuanto cauce de control e influencia; Samuel P. Huntington afirma la necesidad de la configuración de un sincretismo sociocultural, religioso y político; en suma, una amalgama de idiosincrasias para configurar una civilización global estable; para Zbigniew Brzezinski, Estados Unidos constituye la última potencia hegemónica de la historia, a causa del multiculturalismo, pero será necesaria una coordinación entre diferentes centros coordinados por otras potencias; enlaza con esta última tesis la defendida por Robert Kagan, por la cual Estados Unidos corresponde la función rectora del orden mundial, ante la decadencia de Europa; la equiparación entre nacionalismo y fundamentalismo se debe a Ralph Peters, quien defiende la necesidad de que Estados Unidos debe ser temido por los «Estados fracasados», para que pueda trabajarse a favor del orden mundial; más crítico, William Pfaff ha denunciado las creencias básicas de la política exterior norteamericana: mesianismo, egolatría y belicosidad nacional, protagonizadas desde el *lobby* armamentístico. Creemos poder realizar una aplicación común de las tesis defendidas por los autores precitados al campo teológico, siguiendo principalmente a Huntington, para concluir que desde Estados Unidos se promueve un movimiento de globalización religiosa presidida por los valores espirituales norteamericanos en busca de la concordia teológica para crear la futura religión sincrética mundial (Nye, J. S. *La Paradoja del Poder Norteamericano*, Madrid 2003; Huntington, S. P. *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Barcelona; Brzezinski, Z. *El gran tablero mundial. La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos*, Barcelona; Kagan, R. *Poder y Debilidad*, Madrid 2003; Peters, R. *Fighting for the Future. Will America triumph?*, USA 1999; Pfaff, W. *Barbarian sentiments: America in the new century*, USA 2000).